

otras reglas de juego. Relegándolas en la jerarquización estética y asfixiándolas en la práctica social, con lo que, en definitiva —y de ahí el sentido político del debate—, se ahogaban, confundían y minimizaban una serie de expresiones artísticas que eran también afirmaciones del mundo popular. La depreciación de esas manifestaciones, su marginación estética, formaba así parte de la marginación y la desidentidad —¿no eran los "escritores" la base del teatro?, ¿cómo podía ser tomado en serio un músico que no hubiera estudiado en el Conservatorio?— de sus protagonistas. El arte servía así para reafirmar la superioridad de unas clases (cultas) sobre otras (incultas).

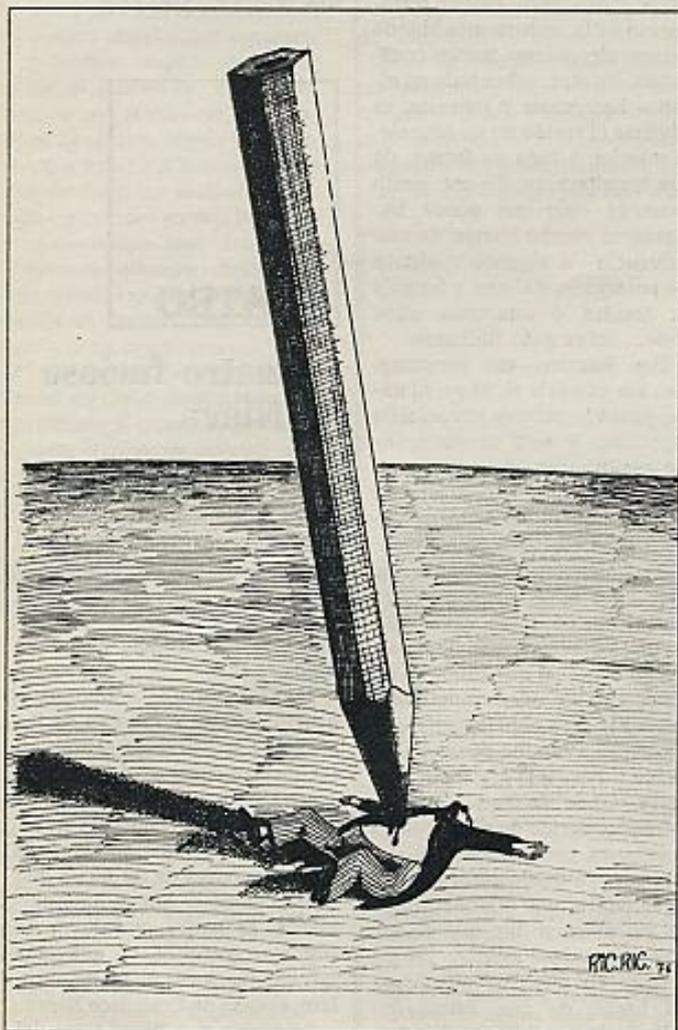
Yo siento que en el libro de Carlos Aladro sobre "La Tía Norica de Cádiz" (publicado, no sé si paradójicamente, en Editora Nacional) existe, ante todo, una rabiosa necesidad de reivindicar el valor artístico y social de una

manifestación "culturalmente" subestimada. Es cierto que Aladro no se queda en la afirmación de esta injusticia, y que, a lo largo de varias entrevistas, análisis de documentos e interpretaciones, nos adentra en las características específicas del viejo teatro gaditano de marionetas. La publicación de los textos del repertorio de "La Tía Norica" (nombre del personaje que dio título a este teatro, cuyas primeras actuaciones se fijan en la segunda década del XIX) permite a Aladro clarificar aún más el alcance de un trabajo, aglutinado antes en torno a la noción de "juego" que a la de "representación". Distinción fundamental sobre la que Aladro, en su doble condición de hombre de teatro y de maestro, insiste y hace valiosas observaciones.

Lo que importa, sin embargo, es la visión última de los muñecos de la Tía Norica —que admiraron tanto a Falla, a Picasso y a Lorca como a todos los niños de

la Baja Andalucía—, como la historia de un fracaso social. O, en otras palabras, como el asesinato de un arte ingenioso y popular a manos de la indiferencia académica en un tiempo —y ése sería el punto quizá más acusador de la requisitoria— en el que la indiferencia del sector dominante presupone la asfixia inmediata. Ni siquiera hacen falta políticas: basta la vigencia de ciertos valores, la aceptación de ciertas reglas económicas, para que quien no se someta a las jerarquizaciones establecidas se agote en la penuria y el desamparo. ¿Y cómo no plantearse el silencio de La Tía Norica después de casi siglo y medio de existencia, depositaria de una tradición popular, como un signo de nuestra vida social?

Es seguro que se equivocan quienes reducen la historia de la cultura burguesa a la historia de la explotación. También se equivocan, sin embargo, quienes no escuchan esas voces, tantas veces confundidas o paternalísticamente explicadas, que han intentado explicitar otros modos de vivir la Historia. En esta voluntad de escuchar —que no es explicar ni justificar— se inscribe el trabajo de Aladro. ■ JOSE MONLEON.



"Bodegón", de Jaime del Valle-Inclán.

lo del marqués de Bradomín. Y lo espero de unas legitimidades que en nada se asemejarían a las del caballero creado por su padre. Por otra parte, quienes sentimos veneración por la obra de aquel don Ramón Primero de España, difícilmente podemos olvidar que Jaime sea su hijo: ese Jaime que para nada cultivó una de las progenies más gloriosas de las letras modernas.

## Jaime del Valle-Inclán: Oleo. Sala Cellini. Madrid.

No cultiva su progenio porque no le hace ninguna falta. Porque, sin ninguna premeditación, él es, gracias a Dios, un Valle-Inclán. Dichosa la rama que al tronco sale.

Y tampoco cultiva su externidad de pintor. Lo de las barbas, por supuesto, no le llega por ese lado de su dedicación, pues quien pudo haber heredado de su padre una de las barbas más floridas de Europa y se contentó sólo con un cachito, no se puede decir que actúe en esas cuestiones bajo ningún dictado de la moda. Y no sólo eso: es que en ese sentido actúa más bien como al revés. Yo creo que va siempre como pasado de moda con liberación. Y creo más: creo que eso, aunque sin plena conciencia de ello, forma parte de su propia estética. Si yo pudiera profundizar cabalmente en las interioridades de cada creador, tal vez sabría encontrar el hilo conductor que identifica a la razón de ser de su pintura con la razón de estar de su presencia y estilo personal.

Su pintura, como su aparien-



Jaime del Valle-Inclán, que es hijo de don Ramón el de las barbas de chivo, es pintor. No parece lo que es —no parece un pintor— cuando algunas veces nos lo encontramos en las noches de Madrid, casi siempre del brazo de su inseparable José Bergamín, que en la ocasión de su muestra le hace a su catálogo una introducción magistral —breve, porque uno quisiera más, pero magistral—, en la que habla del ojo auditivo y el oído visionario del pintor. Pero no parece un pintor. Vestido correctamente de oscuro, con un atuendo que parece escapar con deliberación de la moda, se diría más bien un legitimista del circ-



La reciente aparición del índice de los temas publicados en TRIUNFO durante el año 1975 ha sido muy bien acogida por los lectores de nuestra revista, según lo demuestra el gran número de comunicaciones que hemos recibido en tal sentido.

En estas cartas se nos ha insistido en la petición de índices de los años anteriores que, como ya habíamos indicado, se encontraban agotados.

Por ello, hemos preparado una nueva edición de los índices de 1973 y 1974 que ofrecemos a los lectores al precio de 100 pesetas ejemplar. Al mismo tiempo comunicamos que disponemos también de algunos ejemplares del índice correspondiente a 1975, que pusimos a la venta en las últimas semanas.

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITALO A:  
 triunfo Calle Valle Inclán, 20  
 Teléfono 447 27 00 • MADRID-15

NOMBRE .....

APELLIDOS .....

CALLE O PLAZA ..... N.º .....

TEL ..... CIUDAD ..... D. P. ....

PROVINCIA ..... PAIS .....

Envíeme los índices de TRIUNFO correspondientes a los años siguientes:

1973 (100 Ptas.)     1974 (100 Ptas.)     1975 (50 Ptas.)

El importe total de ..... pesetas lo pago en la siguiente forma:

FORMA DE PAGO {  Adjunto talón bancario nominativo a favor de TRIUNFO

{  Les he enviado el giro postal n.º. ....

cia externa, también está hecha de mil renunciaciones a lo que podría ser —porque tiene conocimiento y facultades para ello— una puesta al día muy rigurosa de su estética en el camino de la más estricta vanguardia. Pero... Pero no. Hay que contar, en esto también, con "el orgullo de los Valle-Inclán", como nos podrían aclarar todos los que tuvieron la suerte de conocer al gran señor de La Puebla del Caramiñal... El orgullo —la dignidad, mejor— del Jaime, pintor, consiste en que tiene —y eso se le nota a su obra— un conocimiento cabal de determinados dictados y algunas preceptivas de la modernidad más rigurosa. El podría utilizarlas, pero eso le sería demasiado fácil. Jaime renuncia a lo que le es fácil... Más aún: lo desprecia... orgullosamente, de acuerdo con la norma de la familia.

Sorprende cuando se penetra en la exposición de Valle-Inclán una posible dirección dual de su idioma pictórico. De una parte, en las figuras humanas —femeninas, sobre todo— hay un tratamiento de la pintura más blando y como algodinoso, menos construido. De otra, sobre todo en algunos bodegones y paisajes, se advierte el sostén de un esqueleto interior a toda su forma, de una arquitectura. En ese punto recuerda —sin que pueda hablarse, ni mucho menos, de una influencia— a algunos maestros del paisajismo italiano y francés de treinta o cuarenta años atrás... sobre todo italianos.

Don Ramón —ese personaje que, sin quererlo él, ni yo, ni nadie, pasea su sombra por aquella exposición y este comentario— fue, según sabemos, en "los años treinta" director de la Academia Española de Bellas Artes de Roma... ¡Qué maravillosa ocurrencia! ¿Quién sería el autor de ella? Pues bien; como don Ramón estuvo en Roma, cabe esperar que también lo estuviera Jaime, su hijo... ¿O no? Jaime es un personaje de edad indefinida. Tal vez llegara algo después a la maravillosa familia de los Valle-Inclán... Pero a lo mejor fue allí, en la colina de San Pietro in Montorio, donde de niño le llegó la primera noticia del arte. Podría ser, ya que estaría al lado de su padre, que aunque nunca fue un plástico, fue uno de los más soberanos artistas de su tiempo. Yo trato de olvidarme del hecho de que Jaime del Valle-Inclán es hijo de don Ra-

món. Pero... ¿cómo sería posible?

Y otra cuestión: también he procurado olvidarme de la progenie galaica de este Valle-Inclán, a pesar de que, pienso, al margen de la cantidad de artistas que Galicia haya podido dar, que si un artista es gallego, esa circunstancia no puede transcurrir indiferentemente para el que es un artista de verdad. Ya lo intuyó Rubén en aquel retrato magistral que le hizo al inevitable don Ramón: "Del país del sueño, tinieblas, brillos —donde crecen plantas, flores extrañas...—. Yo espero y hasta deseo que Jaime del Valle-Inclán haya nacido en algún lugar de Galicia. Diré como en cierta ocasión contestó aquel crítico de arte del pasado siglo, Walter Pater, cuando le preguntaron si descendía de ese pintor holandés que lleva su nombre. Contestó: "Así lo espero, así lo creo, así lo deseo...". Yo también deseo que Jaime del Valle-Inclán sea gallego. Por estética. Nada más que por estética. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

El teatro furioso de Nieva

Tras el estreno de "Sombra y quimera de Larra", Francisco Nieva ha conseguido, al fin, presentar en régimen profesional dos de sus obras. Se titulan "El combate de Opalos y Tasia" y "La carroza de plomo candente", y las ha dirigido José Luis Alonso.

Lo primero que a uno se le ocurre señalar a la vista de las obras es su carácter profundamente innovador dentro del marco de la escena española. Y no se entienda el concepto de innovación en su sentido pueril de hacer las cosas de un modo distinto a como se hacen habitualmente. El teatro está lleno de rupturas gratuitas, de audacias infundadas, y ese no es, en absoluto, el caso de Francisco Nieva.

La visión que Nieva tiene del